

DISCURSO DE CONTESTACIÓN A LA ILMA. SRA. DÑA. ROSALINA AGUADO

FÉLIX DEL VALLE Y DÍAZ

Numerario

Resulta placentero para mí, para la recipiendaria, y quiero pensar que para todos cuantos desde aquí, desde esta prestigiosa Escuela de Artes comenzaron hace un siglo sus ideas y sus diligencias para la fundación de la Real Academia Toledana, a los que, en mi exacerbada fantasía quiero imaginar agrupados bajo este bello artesonado de Santa Ana que nos cobija, contemplando complacidos este acto de recepción a la Academia que ellos fundaron, de una hija, nieta y biznieta, de personajes muy unidos a este templo de enseñanzas de las artes mayores y menores. Pues tanto da: Artes, Artes Industriales, Artes Aplicadas u Oficios artísticos. Si quitamos la lupa a los «clasificadores» de las Artes Mayores y de las Artes Menores, todo se quedará en **Arte**; esta bella actividad del ser humano en la que entra en juego su fantasía creativa que, saliéndoles del alma, de lo más recóndito de su ser, llega a la herramienta maravillosa de sus manos para hacer tangibles sus pensamientos.

Aunque ya se haya hecho oficialmente, yo quiero agradecer, por mi unión de largos años con esta Escuela, a su directora doña Sagrario Martín Caro, a la cabeza de la comunidad de enseñantes de este centro, su amable acogida en su salón de actos, que a mí personalmente tantos recuerdos y emociones me trae. Pues no en balde he sido docente durante cuarenta años en la que entonces se llamaba Escuela de Artes y Oficios

Artísticos, habiendo desempeñado también puestos de subdirector y de Habilitado Contador.

Siempre que ingresa un nuevo miembro en nuestra Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, uno tiene la sensación de que lo hace en forma de suave soplo de viento nuevo de ignoto futuro. Pero yo he de confesar que, en esta ocasión, esa ráfaga de aire que hoy nos llega me produce un emocionado escalofrío, como si el aire nuevo que nos llega tuviera ya cien años de experiencia. Es como si este aire nuevo trajera todas las soles de un siglo, todos sus lluvias y todas las venturas y desventuras de la historia de nuestra querida Real Institución toledana.

Cuando en 1916 se fundó nuestra Academia de Bellas Artes en una de las tertulias que profesores y amantes del arte y de la historia, celebraban en esta Escuela los domingos, allí estaba Rosalina Aguado Gómez en los hervores de la sangre de artista investigador de su abuelo don Sebastián Aguado Portillo, cofundador como he dicho de la Academia, de la que ostentara la medalla nº 1. Mientras todo esto, don Sebastián era profesor de Cerámica de esta Escuela que tenía a su disposición, creado por él mismo, un magnífico laboratorio en el que investigaba nuevas fórmulas y nuevas técnicas, en una gran sala debajo justo de su aula, laboratorio que yo había visitado de vez en cuando a hurtadillas con la esperanza de averiguar las mezclas de tierras de don Sebastián para conseguir sus barro sus engobes y sus colores. Pero por la destrucción en mala hora de este laboratorio, lloramos juntos José Aguado y yo no hace muchos años. A la muerte de don Sebastián fue sustituido en su cargo de profesor por su también artista esposa doña María Luisa Villalba.

Y en las numerosas batallas que ha librado la Real Academia en el último tercio del siglo XX en defensa siempre de nuestra milenaria ciudad amurallada, allí estaba Rosalina en los genes que, heredados por su padre de sus progenitores, llevaba en la sangre nuestro querido e inolvidable don José Aguado Villalba padre de la que hoy ingresa en nuestra Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas.

1916. En apenas unos días será ya 2016. Un siglo que, pocas familias pueden presumir de haber pasado con los ojos puestos en nuestra Real Institución toledana.

Me es inevitable el recuerdo del padre de la beneficiaria al que me unieron grandes lazos en las dos instituciones protagonistas hoy: esta Escuela de Arte y la Real Academia toledana. Recuerdo que será grato también para mis compañeros que compartieron vida docente o académica con el inolvidable José Aguado Villalba.

Unos años mayor que yo, éramos ambos alumnos aventajados en esta Escuela de Artes, galardonados los dos durante muchos años seguidos con los premios extraordinarios de las asignaturas que cada uno por aquel entonces estudiábamos, que se obtenían en reñidas oposiciones de todo el alumnado. Aquella sucesión de años recibiendo aquellos dos alumnos los primeros premios extraordinarios de las clases que frecuentaban, debió de llamar la atención del responsable de Enseñanzas Artísticas en el Ministerio de Educación y Ciencia, lo cual trajo la consecuencia de que los dos recibiéramos el mismo día el nombramiento desde es Ministerio, de «Ayudantes Meritorios de Maestros». Aunque Aguado, como he dicho, era algo mayor que yo, aquel nombramiento inusual empezó a unirnos de manera especial. Yo frecuentaba sus clases en ratos libres y el frecuentaba también la mía, para el gozo de observar nuestras mutuas actitudes mientras corregíamos trabajos a nuestros alumnos, algunos de ellos mayores que nosotros, a la espera siempre de la convocatoria a oposición oficial de nuestras respectivas plazas, para lo que dedicábamos un gran esfuerzo preparatorio a la vez que cada uno seguía sus estudios particulares.

Llegadas las convocatorias de oposiciones a nuestras plazas, ambos obtuvimos el nº 1 cada uno en la suya, en aquellas reñidas y prolongadas jornadas en Madrid de varios días con los ejercicios de Historia del Arte, Dibujo artístico, Dibujo técnico, Composiciones Decorativas, Didáctica, etc. etc., entre tantos aspirantes a ellas, pues las convocatorias eran generales para todas las escuelas de España, entre las que se encontraban las especialidades de Cerámica y las de Orfebrería.

Pido perdón por estos recuerdos que sólo tienen la intención de expresar la emoción que para mí puede suponer presentar a la hija del que fuera un gran amigo y compañero tanto en la Escuela de Artes como en la Real Academia que hoy la admite como miembro de Número.

Ha sido para mí un agradable convite al espíritu, escuchar de labios de la recipiendaria la mención al académico que anteriormente poseyó la medalla que a ella se le impone, mención obligada por reglamento, de lo que la nueva académica ha hecho una generosa, verídica y bien documentada mención que yo comparto. Felicito al antiguo compañero y amigo Ilustrísimo Señor Dr. D. Juan Nicolau Castro, por tener la suerte, puedo decir que extraordinaria, de haber podido escuchar la «laudatio» de quien recoge su medalla. Nuestro reglamento contempla la obligación de dedicar unas palabras al académico que poseyó la medalla que recibe. Pero, normalmente, el académico anterior ha dejado su puesto por fallecimiento. En el caso de don Juan Nicolau, el dejar voluntariamente su puesto de Numerario se debe a la honradez relacionada con la eterna lucha entre obligación y devoción. El horario de sus clases como catedrático de instituto coincidía con el de las sesiones de la Academia. La Academia podía suponer «la devoción», pero sus alumnos eran la «obligación» envuelta también en una grandiosa capa de «devoción». Esto me consta, querido Nicolau; la ilusión con que mi hija acudía a tus clases me lo decía. Y en vez de compaginar enseñanza con sesiones académicas y atender medianamente a las dos cosas, el Dr. Nicolau eligió la calle de la honestidad. Un fuerte abrazo, Juan.

He dejado para este punto y aparte el parentesco de Rosalina Aguado Gómez con el arte, que no está sólo en los dos destacados miembros mencionados de nuestra corporación, su abuelo y su padre, investigadores e innovadores de la Cerámica Toledana. Lo está también en otro destacado miembro nacional e internacional de la pintura como era su bisabuelo Matías Moreno, impulsor de la fundación en Toledo de esta querida Escuela, primer director de este centro de enseñanzas artísticas, en el que lleva su nombre la sala de exposiciones, y al que la calle cercana a su domicilio se le diera un día su nombre: calle de Matías Moreno. Insigne personaje del arte en Europa, España y Toledo, sobre el que la recipiendaria nos ha regalado su discurso de ingreso, y que no formó parte de la fundación de nuestra Academia, ya que su muerte, acaeció siete años antes del acuerdo en las tertulias ya mencionadas.

Podríamos ampliar este discurso exponiendo datos de toda la familia de doña Rosalina Aguado relacionada con la Institución que hoy

nos acoge, la Escuela de Artes, y la Institución que hoy la acoge a ella, nuestra Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Mas, este discurso mío, que se pronuncia siempre después del ingreso de un nuevo académico, llamado en nuestro reglamento «Discurso de Contestación», no suele ser un largo discurso que pueda atormentar al auditorio; ni suele tener nada de contestatario; más bien por el contrario suele ser un discurso de recepción en el que si no hay nada que contradecir, se aclaren «las razones» que han llevado al pleno de la Academia a la elección del nuevo miembro.

He dicho «las razones», no he dicho los méritos, pues estos ya habían sido juzgados en su momento en la sesión de elección por votación entre candidatos de nuestra Academia. Lo primero que Rosalina Aguado declara en su «currículum» es ser ceramista, oficio y arte heredados de su familia, experta en cuerda seca, en aristas, en engobes y en pintura sobre aparejo blanco. Luego encontramos sus estudios universitarios. No me extenderé en detalles sobre su licenciatura ni sobre su doctorado en historia del arte (Apto Cum Laude) ni sus numerosos cursos (más de veinte) relacionados con las Bellas Artes y con las llamadas Artes Menores, sólo destacaré los que para su labor en nuestra Academia pudieran ser más provechosos:

Curso de Artes Aplicadas a la Escultura.

Curso de Dorado y Policromía.

Diseño volumétrico artístico-artesanal.

Diseño y Artes Aplicadas al mundo contemporáneo.

Arte Contemporáneo. Pervivencias y cambios.

Nuevos enfoques metodológicos del Patrimonio Artístico.

Arte Contemporáneo, la actualidad del hecho artístico.

De entre sus más de quince publicaciones, me dedicaré a destacar sólo seis por considerarlas de mayor interés para nuestros fines académicos y para consultas en la biblioteca de cuantos necesiten información sobre sus temas:

Estudio de la azulejería toledana de la llamada «Casa del Greco».

Sombras de Esplendor. Apuntes sobre la cerámica de las Casas Consistoriales de Toledo.

Alicatados toledanos.

Sebastián Aguado Portillo, la magia de la tierra y el fuego.

La figura del Cid en la pintura del siglo XIX.

Un artista para el recuerdo: el artista y la ciudad en época de Ricardo Arredondo.

Quedamos a la espera ilusionada de la próxima publicación del libro escrito conjuntamente con su padre, «Azulejería toledana de arista y cuerda seca desde los siglos XV al XIX».

Para terminar, me limitaré a expresar la esperanza que se abre ante nosotros de poder contar con una persona cuya virtud es la actividad colaboradora en la funcionalidad de cada centro en el que ha impartido sus enseñanzas, de la que podremos esperar, además de sus doctas opiniones en materia de Patrimonio Artístico, su disposición a colaboraciones futuras en puestos de responsabilidad.

Recordaremos que en cada centro de enseñanza por los que ha pasado, Ciudad Real, Burgos y Toledo, ha ostentado cargos de responsabilidad docente y administrativa: Jefa del Seminario de Historia del Arte, jefa del Departamento de Bachillerato, Integrante del Consejo Escolar, del Departamento de Desarrollo y Promoción Artística, Representante del Ministerio como Coordinadora de Historia del Arte, y ya en Toledo Jefa de Estudios, y miembro del jurado del Certamen de Jóvenes Artistas de Castilla-La Mancha.

Demos, pues, la bienvenida a la **ILUSTRÍSIMA SEÑORA DOCTORA DOÑA ROSALINA AGUADO VILLALBA** a esta Real Corporación. Respetemos su emoción y, por qué no, la de este amigo de su padre, que hoy revive el recuerdo de los mejores cuarenta años de su vida, imaginando, como un sueño dorado, que el entrañable amigo Pepe Aguado sigue ocupando su sillón con la mirada y la sonrisa puesta en su hija sucesora de sus anhelos.

Y hagámoslo con el deseo de que el cúmulo de conocimientos y de amor a esta Academia que posee la recipiendaria, heredados de sus ancestros y cultivados por ella misma, le lleve a la consolidación de la calidad de miembro de nuestra Institución que todos esperamos de ella.

He dicho.